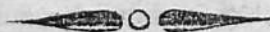


LAMENTOS

DE LA DESGRACIADA SOBRINA

DE UN CANONIGO.

CARTA PRIMERA.



No hay miedo, mi amiga Eufrasia, que yo hubiera dicho nunca esta boquita es mia, á no haber visto que todos los hombres á quienes ese librote que llaman Constitucion ha quitado el mamar á costa del prógimo, lamentan sin cesar sus cuitas. Para su consuelo, (pues para los tontos, dice el proverbio, es mayor cuantos mas son los desgraciados) quiero hacerles saber que hay tambien mugeres comprendidas por el fatal hado, en la comun tribulacion

Me parece que ya te oigo decir: miren la tonta, que entenderá ella de esas cosas. Yo te contestaré que tienes mil razones; pero dime, ¿cuántos años hace que el que habla mas sabe menos, y saca mejor partido? Así pues, caya, y escucha la historia de mi buen tio y mis lamentos, para que puedas referir uno y otro á los que se quejan de vicio.

El primero, hijo de casa muy rancia, de geroglífico en puerta, pero de muy pocas pesetas, se encontraba ya, como solemos decir, un mocito hecho y derecho, sin haber aprendido mas que á jugar á la pelota, á los bolos, y á hacer pajaritas de papel.

En esta situacion se hallaba mi buen jóven, cuando su padre díz que entro consigo mismo en estas reflexiones: ¿Qué haré yo con este chico? Porque él no sabe de letras; aquí se me va á perder, como que en nada se ocupa: por otro

lado, mis rentas, que á la verdad son muy cortas, él me las irá chupando con el juego del pecado y otras tretas; con que así no hay remedio, es preciso que me decida á darle alguna carrera. ¿Si le agrada un oficio decente? v. gr.... ¡qué blasfemia! ¿Y entonces mi pergamino? ¡Pues no es nada un oficio! ¡Una casa solariega vilipendiada de este modo! ¡Los descendientes de los reyes Godos, denigrados hasta tal punto! ¡Una sangre tan azul transformarla en colorada! ¡Alternar con la gentuza! Antes, ponerle á al... alabado sea Dios. ¡Qué hare yo Señor, qué haré? ¡Mas tate!.. ¡Qué pensamiento! Pues señor ya está decidido. Mañana mismo, mismito voy á encajarme en Madrid: me llevo allá mi Florendo, le planto la bandera, y ya tiene vmd. á periquito hecho fraile. El tiene buena figura, su produccion no es maleja que digamos: de cuando en cuando algun jui, yo le vide, ó cosa tal, si se le suele escapar; pero cha, esto muy poquísimo importa: allá se corregirá con aquellos señorones de la Corte: estos le enseñarán á adular, así adquirirá grande influjo, dentro de un año, á lo mas le pondrán los cordones, á los tres le harán exento..... vaya, es una carrera loca. Y todo esto, sin contar con que alguna señora de aquellas que componen la junta del Monte Pío, destinada á socorrer los cortejantes necesitados, se enamore de él, le señale un buen situado, y quien sabe si al fin y al cabo alguna duquesa vieja le dará la mano de esposa? Entonces, muy claro está, ¿qué menos le ha de tocar al padre de su excelencia que un escudito de familiar del santo Oficio? ¡Ah quién tal viera! Yo les aseguro á estos cuatro picarones que no guardan el decoro que merece la nobleza, so pretexto de ser todos descendientes de Adán y Eva, de que la verdadera hidalgía la constituye la virtud, y otras sandeces á este tenor, que les compondria el hato. Porque no hay duda, con poner cuatro letritas al señor inquisidor, acusándoles de un delito de tanta consecuencia, los haria conducir á la trena, y allí, allí aprenderian lo que era barato y bueno: que fueran á averiguar lo que habian ó no hecho: apuraditamente

el santo y bendito Oficio, jamas ha da lo cuenta á nadie de de sus operaciones: buen trabajo costaria á aquellos santos várones, plantarlos en una hoguera y que ardieran como teas; ó si no transformarlos en crucifijos cuando menos lo pensáran si se obstinaban en sus errores. ¡Vaya, si estoy loco de contento! ¡Que proyecto tan divino! A Madrid sin pensarlo ni un punto mas.

En efecto, mi buen D. Pantaleon despues de haber puesto en las alforjas con muchísimo cuidado, su gran casaca de sério, un par de medias de seda y demias zarandajas correspondientes á un hidalgo de lugar, cual son espadin de vaina blanca, sombrero de tres picos, evillas grandes con piedras &c. tomó el camino de la Côte acompañado de su hijo D. Florendo.

Luego que llegó allá, á costa de muy pocas diligencias logró la apetecida colocacion, y se volvió á su pueblo lleno de júbilo con la soñada fortuna de su hijo del alma: bien que habiendo hecho antes á este la advertencia de que se atuviese al sueldo, porque su casa estaba muy atrasada y no podia sufrir ancas; mas esto poco importa á un hombre que á los tres años habia de ser exento. Es verdad que tendria que privarse de concurrir á los cafés y teatros, por los gastos que se originaban; pero para lo primero cuando quisiera beber &c. nunca faltarian amigos á quien arrimarse; y para lo segundo siempre en el palco de alguna señora abonada habria para un buen mozo una silla desocupada, y esto además de dar muchísimo tono abria la puerta para lo de la duquesa.

Pues señor, ya tenemos á mi buen guardia en campaña, muy engreido á los primeros dias con la idea de su futura é imaginaria prosperidad; pero el infeliz en breve se convenció de que no todo era tortitas y pan pintado. Había ejercicio largo, caballeriza, guardias, zaguantes, y sobre todo que ganar el pan á culadas. Por otro lado la Junta de Monte Pio estaba muy atrasada, la duquesa no venia, el no tenia ni un cuarto; pero si muchas trampas y ningun me-

*

dio para salir de ellas, puesto que la charraterita á la izquierda (con que permanecía á pesar de llevar tres años de servicio,) no proporcionaba recurso para ello: el padre se hacia sordo á sus clamores, ó le decia que tuviera paciencia, que Zamora no se habia ganado en una hora, y que sobre todo se portase siempre con el decoro que exigia su esclarecida sangre.

En estas nos andabamos, cuando hete aquí que se aparecen los franceses. Sus compañeros, que conocian el honor, se fueron todos al ejército; pero él dijo: guarda Pablo que esto no va conmigo. ¿Qué, he de ir yo á exponerme que me den un balazo? ¿Por mí no lo sentiria; pero y mi sangre? ¿La habia de dejar correr por esos campos mezclada tal vez con la de un carnicero? No señor, aquí me quedo y sea lo que se fuere. A mí, que mande Josef ó el diablo, no se me importa ni un pito, con tal que yo logre un empleillo en que coma y no trabaje. La madre Patria que se queme, que este parentesco lo miro yo muy de lejos.

Tú te creerás, amiga, que esto lo decia de atricion; pero te engañas, porque como lo pensó lo hizo, y sin mas ni menos se puso á pretender, primero una Comisaria de policía, y luego una administracion de bienes nacionales. Dos años pasó en estas andanzas, y nada logró: porque los Mosius conocieron que aquello no podia servir mas que para tirar de un carro mato. Sí, dijo él, pues ni por esas me doy por vencido: á Cádiz me voy: allí tengo varios amigos, no hay balas, con que veremos lo que el tiempo dá de sí.

En efecto, sin contar con nadie se enderezó á aquella ciudad. Yo no sé lo que el hizo, ni como se compuso; pero lo cierto es que como era tan burro, le hicieron canónigo. Cuando se concluyeron aquellas trapisondas, fue, como era natural, á ver á su anciano padre: le contó sus averías, y el buen viejo se alegró mucho de que ya que no duque, fuera siquiera canónigo. Ahora empiezan mis aventuras.

En aquella época, ya tenía yo mis diez y siete años cumplidos, no mal palmito, ni tampoco oposicion á las cosas de iglesia: por lo tanto, nos visitaba el señor canónigo con alguna frecuencia. En una de estas visitas, la buena de mi madre no sé con que motivo tuvo que ausentarse, y sin andar en mas rodeos nos dejó solos. No habria andado veinte pasos, cuando ya el señor canónigo me estaba echando flores; y aun á mas hubiera llegado, á no haberlo impedido mi pudor y su carácter; pero al fin se vino á buenas, y con toda la dulzura de que es capaz un canónigo, me dijo: mira Juana, ya tu ves mi dignidad, eres bonita muchacha, yo necesito una ama que me sirva para todo dentro de casa; quiero decir que cuide de ella, en fin ya tu me entiendes: en mi casa no harás mas que cuidar de mi persona, entrarme el chocolate por la mañana, calentarme la cama por la noche, y dormir, claro está, en tu buena cama. Si te convienes á esto, tu vivirás muy contenta y yo muy agradecido.

Ola, dije yo á mi coieto, esto sí que es otra cosa, y debe de ser muy buena; porque mi tia Pascasia decia, que el ser ama de cura era la pera que habia que pillar; con que con cuanta mas razon debe de serlo la de un canónigo. Si señor, acepto al punto, y á las primeras de cambio con vmd. adonde quiera. Muy bien, me dijo, hija mia yo celebro que condesciendas con mis deseos. En seguida, me dió las instrucciones que me habian de regir para reunirme á él: despues de lo cual regresó mi madre, y á poco tiempo se retiró Don Florendo muy satisfecho de mí, y yo de él. Pasados algunos dias fuese á Madrid, á donde yo le seguí en breve, y desde allí nos vinimos á esta ciudad! O fatal recuerdo! ¡En ella hemos vivido cinco años en una paz octaviana! Bien es que por mi parte he procurado no separarme de las reglas que me prescribió mi buen amo, y fueron, las siguientes: que habia de llamarme su sobrina, para evitar así lo que los maldicientes podian decir, al ver al lado de su persona una mucha-

cha joven y bien parecida, con quien no tenia relacion de parentesco conocido: usar mantilla de franela encajada hasta las narices, basquiña de lanilla, zapatos de paño y el pelo echado á trás: mirar bajo: compadecer (ó murmurar que es lo mismo entre las amas de los canónigos) las flaquezas de nuestros prógimos; y por fin, ser indiferente á todas las cosas terrenas de cualquiera especie que fueran. (*Alguna mala lengua puede ser que diga que esto equivale á ser una completa egoista.*) Ya tu ves, que con un sistema tan adecuado al carácter de mi tío, y segun decia su merced, al de todos sus compañeros, no podia yo dejar de ser feliz, ni de agradar á todos ellos.

Por lo que respeta á aquel nada te diré solo si que su conducta era ejemplar. ¡Valgame Dios! ¡Del cielo ha de estar ya gozando este buen señor! ¡Qué hartazos de rezar nos hemos dado los dos! Mas no por esto creas tú que dejaba de cuidarse lo mejor que le era dable, porque lo que decia su merced, no quita lo cortés á lo valiente. Siguiendo este mismo principio, no asistia jamas á maitines: tal cual vez á vísperas, en primavera y otoño; pero nunca en invierno ni en verano, porque la humedad le perjudicaba para la rehumana eclesiástica que padecia, y el mucho sudar le ponía exánime. Bien que para eso le descontaban los señores seis maravedís por cada falta que hacia: sí, pues bonito es el señor Obispo para aguantar que no se los exigieran: lo que dicen que decia su Ilustrísima, ellos que faltan á coro y á todo lo que les dé gana, con tal que paguen lo que les corresponda, porque lo contrario sería perjudicar á los que tienen derecho de acrecer, y eso no lo permite mi conciencia.

Pues señor, como te iba diciendo, yo era feliz, jamas hubo en casa mas desazones que las que solian ocasionar algunos tiotes, con quienes mi tío no sé porque argo de la Catedral tenia que ver. Estos sí que le incomodaban fuertemente. No, y con razon, eso es otra cosa; porque figurate tú que el otro día vino aquí, entre otros muchos, un al-

calde de monterilla con lágrimas y cuentos de que el pueblo con la contribucion directa, la indirecta, la horizontal, la vertical, y otras mil cosas que yo no entiendo, no podian pagar la eclesiástica: que á los pobrecitos labradores (así de par de mulas que llamamos nosotros) les habian vendido hasta el arado para cubrir las cuotas, y por fin, que aunque quemaran el pueblo, no podian dar ni un grano ni un cuarto. Pero sí, á buen árbol se arrimó para que le hiciera sombra: á mi tío, que en esto de pillar patacones le han instruido sus cólegas de modo que pueda dar lecciones al mas pintado: porque lo que dicen ellos una cosa es que para hacer un obsequio á la sobrina, ó en jugar al mediator emplee uno cien dobloncejos, y otra que estos bestias se rian de nuestro dinero. Oye, oye la respuesta que le dió al alcalde lloron. Señor mio, le dijo, á mi que á vmd., al pueblo y á todo lo que tiene conexion con él se lo lleve sataná, me importa un bledo: venga la contribucion, ó diezmo, y lo demas son pataratas. Lástima sería ciertamente, que todo un señor canónigo careciese de lo que por derecho individual le pertenece, por dar credito á cuatro embusterias que vmds. nos vienen contando. Sino tienen, que remen, que trabajen para adquirirlo, pues para eso han nacido. Lo primero es atender al culto divino, y que nada falte á sus ministros: esto último es el principio y fin de todas las cosas de *nuestro catecismo*, que vmd. sabrá regularmente; con que así gire como se le antoje que de pagar no escapa, y sin que hablemos de rebajar ni un ochavo; porque nosotros no hemos de pagar el que vmds. para satisfacer otras contribuciones echen mano de lo que no es suyo; y si en el término de quince dias no está aquí el importe ó los granos que les corresponden, les planto á vmds. una ejecutoria que les abruma, y así lograremos hacer carrera con esta cáfila de Orentotes que no tienen mas Dios que su barriga.

Así le dijo ni mas ni menos, y el buen alcalde andando hacia tras por no volver la espalda á su merced, se retiró cantando bajo. Al espirar el plazo prefijado, ya es-

taba de vuelta con su dinero en oro: bien es verdad, que para recoger parte de ello, dice que habian dejado en la calle á una porcion de familias honradas, y que para lo restante, tuvieron que acudir á uno de aquellos compasivos prestamistas de Madrid, que al moderado interes de doce por ciento al mes, les facilitó el resto: exigiéndoles la hipoteca de los pocos propios que les quedaban, y algunas alhajas para mayor seguridad: con la precisa condicion, de que en pasando un dia mas del tiempo estipulado para la devolucion, podia disponer de ellos á su antojo. Lo que dijo mi tio cuando se lo refirió. ¡Lo vé vmd. hombre de bien cuán á poca costa han salido vds. del apuro! ¡Luego dirán que se ha extinguido la caridad! Nunca faltan almas poseidas de ella, que socorran las necesidades cuando llega el caso; y á fé que el interes no puede ser mas arreglado comparado á lo que podia agenciarse el prestamista traficando en un camino real con menos esposicion, y asomado á muy buenas ventanas, para obtener un puesto elevado. Le aseguro á vmd. que como yo mandara, no estaria él ni ninguno de sus compañeros sin haberle obtenido ya. Con esto se despidió el referido alcalde, quedando mi tio mas satisfecho con el dinero, que el otro con la respuesta.

Así terminaban los negocios de esta especie, y entre tanto nuestra casa estaba bien provista de todo, sin perjudicar á nadie. En este estado nos hallabamos, cuando hete aquí que un dia del mes pasado, entró mi señor tio muy mustio y cabizbajo. Yo, la verdad no hice gran aquel, porque me figuré que serian efectos de algun accésillo de la gota que padece su merced; pero cual me quedé cuando despues de haberse limpiado el sudor y tomado un polvo, me dijo: ¡Ay chiquita! Esto va malo.= ¡Pues que hay mi querido tio?=Mucho, y nada bueno. Segun veo las cosas me parece que tú, si quieres seguir conmigo, tendrás que agarrarte á la escoba y demas haciendas de casa, y yo conservar mucho los últimos

hábitos de alepin y seda que me hice; porque tengo mis ciertos barruntos de que han de ser los últimos que gaste. = ¡San Juan de Dios dadme ayuda! ¿Pues cómo es eso señor? = ¿Cómo? ni mas ni menos que porque los españoles han renegado toditos de la fe de Jesucristo. = Toma, toma, ¿y por eso tanta pesadumbre? Dejadlo al cuidado de la santa Inquisición, que los señores de ella les pondrán en camino de salvación con su doctrina y sus ejemplos, y si no quieren seguirlos, morirán como San Lorenzo. = ¡Si, que si quieres: á buen santo te encomiendas, á la Inquisición! Pues si son tan bárbaros, tan olvidados están de los principios que nosotros les hemos enseñado, que lo primero que dicen han hecho en la Corte ha sido dar con ella en tierra, y echar fuera los presos que justisimamente yacian en aquellos calabozos: y den gracias á Dios los inquisidores de que el pueblo se ha contenido en sus limites, y no han hecho con ellos una funcion de vuelo, ó una procesion viguriana. = ¿Pero Señor, á vmd. no perdiendo sus rentas, que cuidado le dá que se pierda España? *A bien que el parentesco con la madre Patria nos toca ya muy lejos* ¿Si los españoles quisieren ser ciegos, á que empeñarse en que vean? El Señor que lo ha dispuesto sabrá muy bien lo que ha de hacer con ellos = ¡Ay tontuela, que papeles tienes tan mojados! ¿Con que tu cres que si no se tratara de individuaciones, tomaria yo la cosa tan á pechos? sábette sobrina, que con este maldito sistema que ellos llaman Constitucional ó endemoniado, tendremos una asignacion determinada, y las cuentas irán tan claras, que nadie percibirá mas que aquello que le corresponda. Hazme ahora el favor de cotejar un canónigo actual con otro constitucional, y verás que enorme diferencia hay de uno á otro. El primero á nadie tiene que dar cuenta de sus operaciones; porque si por casualidad desliza, á bien que entre nosotros se queda que somos lobos de una camada, y decimos hoy por tí y mañana por mí: tiene abundancia

y es temido de unos por su influencia en la casa negra, y de otros por que nos reputan á lo menos por unos semi-Dioses: tiene ademas un par de amas que entre las dos no llegan á cuarenta años, un paje: y en fin, todo aquello que puede apetecer un hombre de nuestra clase. El segundo tendrá con que subsistir, estará respetado por el sagrado carácter que en él se ha impreso; pero tendrá obligacion de guardar las consideraciones que se merece todo hombre, y cuando infrinja la ley, esto le llamará ante sí como á cualquiera otro para que dé cuenta de sus deslices.

Equipara tú, querida Juana, lo duro que debe ser el tránsito de lo primero á lo segundo; sin embargo, te aseguro que todo lo llevaria con paciencia, si no considerara que las pingües rentas que por espacio de tantos años hemos disfrutado, acompañados de los regulares, van á parar á manos de ese conjunto de ignorantes que llaman Nacion, que no sabrán disfrutarlas porque la mayor parte no han hecho nunca mas que cabar, y comer pan y cebolla. (Gracias á sus mañas). De aquí resultará que lo que en nuestras manos tanto producía (diganlo tus cofres, mi queridá sobrina) será improductible al estado; y sobre todo, no tendremos nosotros manecó. ¡Esto, esto es lo que yo siento! Vaya, en fin dejémoslo, porque si sigo, ó me vuelvo loco, ó voy á subirme al púlpito; y desde allí hago ver á esos malvados que van á sacrificar á nuestro Dios. (*Su estómago*)

Al decir esto levantóse furioso del asiento, se retiró á su cuarto sin atender á las consolatorias reflexiones que yo queria hacerle, y en una porción de dias, tal ha sido su despecho, que ni aun la cama ha querido que la caliente. ¡Pero ah! Demasiada razon ha tenido para ello, pues sus pronósticos los veo ya casi realizados; porque aquí se ha jurado la Constitucion ó calabaza con grandísima algazara, y el que menos de estos pícaros dice, que morirá por defender un Código que desde esclavo le ele-

vá á la alta dignidad de hombre, y le asegura los derechos de tal. En el interin mi tío sigue renegando hasta de los que han impreso la Constitucion bien que aunque muy remota tiene, segun dice, alguna esperanza de que los Españoles han de oir algún dia la voz de la razon y reunirse á los pocos que quedan amantes del buen órden, para acabar con los que les han imbuido máximas tan opuestas á *nuestra Religion, y bien estar*. (Bien mal fundada es la esperanza, pues me parece que en muchos siglos, ó mejor diré, nunca, querran los Españoles libres sucumbir al yugo tiránico: ó mas claro, no querran jamas hacer de burros para que cuatro arrieros les echen la albarda y los den, *palos*.)

Yo ignoro lo que esto significa; pero lo que sí sé, bien á mi costa, es que el resultado de todas estas jaranitas ha sido que su merced me ha repetido la insinuacion allá de la escoba y demas, para cuando se cercenen las rentas. Ya tu ves, amiga de mi alma, que para mí que por tantos años he disfrutado la molicie de la vida canonical, débè ser muy duro el entregarme á las fatigas que ha de ocasionar el plan que su merced se propone. Por lo tanto, si su órden no se modera, yo estoy resuelta á marcharme á esa; pues el número uno como dice su merced antes que todo el mundo. Mucho, muchísimo siento la separacion de mi tío, pues puede que no halle otro; no obstante que aun me queda esperanza en uno que tenia en Indias, que quizá con estas bromas venga de allá, y me proteja. Dios lo haga; pero entre tanto mira si me hallas algun acomodo en casa de una modista, y si esto no fuere posible, un cuarto bajo donde me dedicaré á trabajar con la aguja, que es oficio descansado, á todo lo que me salga. Te aseguro que bien tendré que aplicarme; porque para colmo de mis desgracias tengo á mi lado dos nietecitos de mi madre, que por compasion habia reducido á mi buen tío á que me hiciera el favor de traerlos del lugar, y ahora, ya se vé, como apenas segun dice le queda para

mantenerse, no quiere hacerse cargo de ellos. Sus padres no pueden sostenerlos: yo ya ves que bien parada estoy; con que así, me parece que á último recurso tendrán que ir á parar á una casa que me han dicho hay en esa junto á la puerta de los pozos.

En fin, ni de ellos ni de mí sé que hacer. La única esperanza que me queda, si Dios no mejora sus horas, es darme prisa á menear la aguja, y esto si tu de un modo ú otro me proporcionas donde, = ; Maldita Constitucion! A estado tan miserable ha reducido á

La desgraciada sobrina de un Canónigo.

P. D. Luego que me contestes te referiré varias anécdotas curiosas tanto de mi tío como mías, pues ya sabes que en soltando yo la sin-hueso digo cosas excelentes; pero por hoy no quiero aumentar este protocolo. A Dios

Impreso en Madrid y por su original en Méjico en la Oficina

de D. Mariano Ontiveros: año de 1820.

Se vende en la librería de Recio, portal de los Agustinos letra B.